Tratando de iniciar mi relato, quiero repasar las notas que tome de múltiples y significativas vivencias, pero el cansancio me gana, recurro entonces a mi kit de emergencia pero mi varita falla, mi escoba no aparece, la bola de cristal no tiene batería, entonces haciendo un gran esfuerzo regreso a mi viejo cuaderno de apuntes y descubro que durante muchos años he avanzado a través de diversos conocimientos, que rápidamente han concurrido apesadumbrados hacia el pasillo del olvido. Conocimientos que en su momento, comparable con el vínculo existente entre un hospedador y un platelminto -en el cual el flujo de materia y energía va del primero al segundo- han sido unos huéspedes no muy agradables; se han alimentado de mi energía vital, alterando mi estado físico y hasta emocional, dichos conocimientos han sido parásitos ocultos de mis pensamientos, y lo peor, se han alimentado de mis miedos y frustraciones, instalando en mi vida paradigmas básicos, miradas individualistas y androcéntricas.

En el camino recorrido, afortunadamente, me he encontrado también con otras formas de parasitismo, en el que el parásito y el huésped conviven en simbiosis, en mutua complicidad, uno de ellos es el encuentro que tenemos cada fin de semana con hombres y mujeres que contra todo pronóstico, hemos conseguido por un tiempo, juntar los credos y culturas, los símbolos y las diferencias, encontrándonos en el proceso de reconocimiento de nuestros rostros, nuestras huellas, nuestros paradigmas y por supuesto nuestras risas.

Partiendo de la premisa que mi oficio no es la lógica y por supuesto no conozco la sensatez, por el contrario mi oficio son las utopías, los sueños, la locura; los encuentros rizomáticos me he enfrentado a paradigmas que han alterado de forma significativa mi vida, a tal punto que afectan hasta la poca cordura que me queda. Cada uno de los encuentros rizomáticos se convierten en una provocación para entretejernos con la vida, para reconocernos y aceptarnos desde nuestras diferencias, para deconstruir y reconstruir paradigmas, con el ánimo de generar nuevos saberes para vivir plenamente la vida, y como sabiamente lo plantearon nuestras comunidades indígenas en la *Minga del libro: leer y escribir para caminar la palabra trazada por nuestros ancestros* (realizada en octubre de 2012): “*tenemos que leer y escribir para defender la vida, para recuperar nuestra memoria y para escribir nuestra propia historia desde nuestra cultura, ancestralidad y espiritualidad, ya que los libros cumplen el papel dominante, acaban con la memoria y la palabra de los pueblos”*

Siendo una convencida de que el universo entero conspira para ponernos en el lugar ideal, en el momento correcto, y que nos permite juntarnos con aliad@s, con quienes conspiramos a través de iniciativas apasionadas, desproporcionadas e insensatas para el mundo global y que además moviliza todas nuestras fuerzas y voluntades, para anidar actos osados, actos en los cuales evidentemente necesitamos de la ciencia y de la tecnología, pero también necesitamos de nuestra espiritualidad, y como diría Castañeda “del trabajo con el corazón”; en este momento mi universo ha querido que me reencuentre con un ambiente propicio para la reflexión individual y colectiva, que posibilita el proceso de ampliación de la percepción, en el cual juegan un papel muy importante los referentes que guían nuestros imaginarios, nuestras prácticas sociales, culturales, políticas, apolíticas e.tc., que legitiman, soportan, propician y reconstruyen nuestra cotidianidad y nos cuestiona sobre la responsabilidad que todas y todos tenemos en el montaje de un mundo diferente al que hasta el momento hemos construido.